

La Segunda República española. Balance historiográfico de una experiencia democratizadora

Octavio Ruiz-Manjón

Universidad Complutense de Madrid

Los años de la Segunda República española anteriores al desencadenamiento de la Guerra Civil constituyen uno de los periodos más transitados de la historiografía sobre la historia de España contemporánea. María Gloria Núñez Pérez ofreció en 1993 una bibliografía comentada sobre las obras que se habían publicado hasta entonces¹ que ponía de relieve el elevado número de estudios —más de cuatro mil quinientos— dedicados a un periodo que, al fin y al cabo, había resultado tan efímero que hacía difícil el empleo de determinados enfoques en los que fuese necesario disponer de una amplia perspectiva cronológica para poder analizar fenómenos significativos. Es lo que sucedía, por ejemplo, con la historia económica o demográfica.

La historia que se hizo, en todo caso, fue predominantemente política² y estuvo, en sus inicios, marcada por el trauma de la Guerra Civil cuyos orígenes se trataban de rastrear con el estudio de aquella

¹ NÚÑEZ PÉREZ, M. G.: *Bibliografía comentada sobre la Segunda República española (1931-1936). Obras publicadas entre 1940 y 1992*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1993.

² «La historiografía sobre la Segunda República aparecía a finales de los años setenta guiada por el propósito de buscar al culpable de la guerra y, en consecuencia, por una abrumadora atención al campo de lo político», en JULIÁ, S.: «Historiografía de la Segunda República», en GRANJA SÁINZ, J. L. de la; REIG TAPIA, A., y MIRALLES, R. (eds.), *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Madrid, Siglo XXI, 1999, p. 147.

corta experiencia. Hubo algunos tempranos intentos de síntesis, como los de Josep Plá³ o Melchor Fernández Almagro⁴, que tuvieron mucho que ver con la necesidad de sus autores para encontrar un lugar resguardado ante la nueva situación política. El escritor granadino inició, desde el final de la guerra, una rápida acomodación al nuevo régimen que le permitió convertirse en un respetado historiador político de la España contemporánea. Su historia del periodo republicano fue, en cierta medida, un intento de equilibrar la imagen crítica que había ofrecido de la España conservadora con su *Historia del reinado de don Alfonso XIII*, publicada durante el primer bienio republicano⁵. El escritor ampurdanés, por su parte, había abandonado su refugio familiar de Llofriu en septiembre de 1936 y, durante la guerra, colaboró con el bando franquista y fue el primer director de *La Vanguardia* de Barcelona, cuando las tropas de Franco tomaron la ciudad. De hecho, Plá no quiso que su libro sobre la República se incluyera en las *Obras completas* que se publicaron en 1965, a pesar de que siempre fue visto como una obra inteligente y relativamente ponderada⁶.

La información sobre la Segunda República tuvo que remitirse, hasta mediados de los años cincuenta, a estos estudios, que tuvieron una circulación muy escasa, y a testimonios fragmentarios de los protagonistas, que tuvieron una difusión muy azarosa. Desde junio de 1937 se habían dado a conocer, en el periódico valenciano *La Hora*, fragmentos manipulados de unas memorias de Alcalá-Zamora, que habían sido robados de una caja de seguridad de un banco madrileño en los primeros días del conflicto⁷, y suscitaron sugerentes comentarios en los diarios de Azaña. Éste, a su vez, tuvo que sufrir el robo de casi la mitad de los cuadernos de sus diarios, confiados a la custodia

³ PLÁ, J.: *Historia de la Segunda República española*, 4 vols., Barcelona, Destino, (1940).

⁴ FERNÁNDEZ ALMAGRO, M.: *Historia de la República española (1931-1936)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1940.

⁵ Barcelona, Montaner y Simón, 1933.

⁶ SECO SERRANO, C.: «La historiografía contemporánea actual», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 9 (1988), p. 113.

⁷ Alcalá-Zamora sugirió la participación de Wenceslao y Santiago Carrillo en estos hechos. *Memorias (Segundo texto de mis memorias)*, Barcelona, Planeta, 1977, pp. 257 y 382, aunque este último ha declarado alguna vez que el original de las memorias fue entregado a uno de los hijos del presidente que lucharon en el bando republicano.

de su cuñado Cipriano Rivas Cherif, que estuvieron desaparecidos más de medio siglo y no serían publicados hasta finales de 1997⁸. Hasta esa fecha, sólo se conocían de esos cuadernos una edición, muy fragmentaria y manipulada, que Joaquín Arrarás ofrecería recién finalizada la guerra⁹ y que, dadas las condiciones de edición, era completamente inservible para cualquier investigación sobre el periodo.

No tuvieron mejor fortuna otros testimonios que se publicaron poco después. El de Alejandro Lerroux, que vio la luz en Buenos Aires en 1945¹⁰, tal vez lo fuera sin el consentimiento del autor, que estaba en Portugal y era un polémico alegato¹¹ que provocaría la profunda irritación de Alcalá-Zamora, que redactó un largo apéndice de sus memorias —que había vuelto a redactar en la primavera de 1940— para refutar los ataques de Lerroux en lo que, en la práctica, se convertiría en una tercera redacción de sus memorias, que aún tardarían casi cuarenta años en conocerse.

Tampoco abundaron los testimonios entre los políticos de izquierda. Las memorias de Francisco Largo Caballero¹² se publicaron en septiembre de 1954 en medio de una fuerte tensión que llevó a Indalecio Prieto y a Rodolfo Llopis a tratar de impedir la publicación de la obra¹³, mientras que Araquistain, que consideraba un «crimen editorial» la publicación de aquel texto lleno de críticas a sus correligionarios, terminaría por desistir de hacer ningún comentario¹⁴. No fue

⁸ AZAÑA, M.: *Diarios, 1932-1933*. «Los cuadernos robados», introducción de S. JULIÁ, Barcelona, Crítica, 1997.

⁹ *Memorias íntimas de Azaña*, Madrid, Ediciones Españolas, 1939.

¹⁰ LERROUX, A.: *La pequeña historia. Apuntes para la historia grande vividos y redactados por el autor*, Buenos Aires, Editorial Címera, 1945.

¹¹ «En 1945 apareció en Argentina el titulado “La pequeña historia” que recoge los episodios y experiencias vividos por el autor durante la II República, con el evidente propósito de congraciarse con el bando triunfante en la guerra civil» (SECO SERRANO, C.: “La construcción de la historia objetiva: las fuentes, ayer y hoy”, en *Cultura y civilizaciones. III Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1998, pp. 197-211). LERROUX publicaría más adelante otro libro (*Mis memorias*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1963) en el que Seco, en este mismo artículo, ha apreciado que campea un aire de frescura, «en todos los sentidos».

¹² *Mis recuerdos: cartas a un amigo*, México, Ediciones Alianza, 1954.

¹³ FUENTES, J. F.: *Francisco Largo Caballero. El Lenin español*, Madrid, Síntesis, 2005, p. 396.

¹⁴ FUENTES, J. F.: *Luis Araquistain y el socialismo español en el exilio (1939-1959)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002, p. 180.

extraño, sin embargo, que un policía franquista editara, pocos años más tarde, otra versión manipulada de aquel testimonio histórico¹⁵.

No faltaron tampoco los testimonios de los extranjeros. Uno de los más tempraneros, sin duda, debió ser el de Edgar Allison Peers, un hispanista de la Universidad de Liverpool, de carácter conservador, que escribió su interpretación de la República¹⁶ en los primeros meses de la Guerra Civil. De carácter completamente contrario, fue el testimonio de Henry W. Buckley¹⁷, un periodista que ofreció una imagen juvenil y atolondrada de aquellos años, que ha recibido recientemente el inmerecido premio de su traducción al castellano. Mucho más interesante, en cualquier caso, sería el testimonio que ofreciera Claude Gernade Bowers¹⁸, el embajador norteamericano en Madrid durante los años de la República y de la guerra. El autor era una persona culta y sinceramente interesada por España que, aunque no se libró de algunos tópicos (ascendencia mora en los ojos de Alcalá-Zamora, que acudía a su confesor para consultar los asuntos políticos), ni de maquillar el pasado (Azaña, discípulo de Giner), ofreció un testimonio muy sugerente, pese a imprecisiones y errores factuales frecuentes.

La carencia de testimonios significativos de los protagonistas principales¹⁹ hizo que, a mediados de la década de los cincuenta, la información sobre la Segunda República fuera verdaderamente deficiente, si bien es verdad que tampoco parece que hubiera una excesiva demanda de esa información en los ambientes académicos, pues la historia contemporánea era escasamente practicada dentro de España y, fuera del país, los exiliados dedicaban una atención mayor a la cultura y a la literatura españolas. En 1956 apareció el primero de los cuatro volúmenes que Joaquín Arrarás dedicó al periodo republicano²⁰. Se

¹⁵ LARGO CABALLERO, F.: *Correspondencia secreta*, prólogo y notas de M. CARLA-VILLA, Madrid, NOS, 1961.

¹⁶ *The Spanish Tragedy, 1930-1936: Dictatorship, Republic, Chaos*, Londres, Methuen & Co, 1936. El prólogo está fechado en el mes de septiembre de 1936.

¹⁷ *Life and Death of the Spanish Republic*, Londres, Hamish Hamilton, 1940.

¹⁸ BOWERS, Claude G.: *My Mission to Spain. Watching the Rehearsal for World War II*, Nueva York, Simon and Schuster, 1954.

¹⁹ Hubo, desde luego, testimonios de personajes relevantes pero que no fueron protagonistas centrales de los acontecimientos. Se podrían citar, en ese sentido, los publicados por Antonio Royo Villanova, Luis Jiménez de Asúa, Ángel Ossorio y Gallardo o Amadeu Hurtado.

²⁰ *Historia de la Segunda República española*, 4 vols., Madrid, Editora Nacional, 1956-1968. El tomo segundo aparecería en 1964 y los dos últimos en 1968.

trataba de una crónica pormenorizada, con un notable apoyo de prensa y de la publicística más afín al régimen franquista, que ofrecía una imagen muy crítica del periodo republicano —desde la proclamación del nuevo régimen hasta las consecuencias de la sublevación de Sanjurjo, en ese primer volumen—, que insistía en la inestabilidad social y en las consecuencias de una política de reformas que dificultaba la convivencia ciudadana. La comunidad académica nunca le prestó excesiva atención —aunque tuviera que acudir al volumen con frecuencia, dada la cantidad de datos que almacenaba— por lo sesgado de sus juicios. Habría que esperar unos años, hasta 1961, para que Carlos Seco pudiera ofrecer una visión equilibrada, y de gran calidad académica, sobre lo que había sido el periodo republicano²¹. Se trataba de un logro de primera magnitud, ya que tuvo que allegar materiales dispersos, de muy difícil localización, y de marcado carácter polémico, como señala el propio autor en el prólogo.

La falange de los hispanistas

Esta situación de relativo *impasse* informativo se alteraría profundamente, desde mediados de la década de los sesenta, como consecuencia de las aportaciones de historiadores extranjeros, preocupados por la historia más reciente. El autor de la obra de mayor impacto sería Raymond Carr, quien, en 1966, ofreció una visión panorámica de la España contemporánea²², que abarcaba hasta el desenlace de la Guerra Civil, dentro de la colección Oxford History of Modern Europe. Carr ha contado²³ que aceptó el encargo porque Brenan se negó a hacer el libro, tal vez hastiado de los temas españoles después de la publicación de *The Spanish Labyrinth* en 1943, en lo que sin duda fue una de las grandes aportaciones británicas para la comprensión del pasado español, a la que se añadirían *The face of Spain* (1950)

²¹ *Historia de España*, VI, *Época contemporánea*, Barcelona, Instituto Gallach de Ediciones, 1961. Hubo nuevas ediciones en 1968 y 1971.

²² *Spain, 1808-1939*, Oxford, Oxford University Press, 1966. Versión española (Barcelona, Ariel) de 1969.

²³ «Yo he contraído una inmensa deuda de gratitud con Brenan. Él me salvó de la desesperación cuando mis colegas Hugh Trevor-Roper y A. J. P. Taylor depararon a mi libro una recepción decididamente fría. Brenan me devolvió la autoestima con una entusiasta reseña en el *New York Review of Books*» (R. CARR, reseña a J. GATHORNE-HARDY, *The Interior Castle*, *Ayer*, 10 (1993)).

y *South from Granada* (1957). La obra de Carr, en cualquier caso, fue una deslumbrante aparición en el horizonte de la historia contemporánea de España, que entonces daba sus primeros pasos conscientes. Proporcionó los esquemas interpretativos básicos y, en la confesada estela de Jaume Vicens Vives, constituyó un revulsivo de los estudios históricos, en paralelo a lo que había supuesto la *Introducción a la Historia de España*, que Antonio Ubieta, Joan Reglá y José María Jover habían publicado tres años antes²⁴.

Centrándonos en el periodo republicano, las aportaciones vinieron de académicos anglosajones y franceses que abordaron el estudio de los años republicanos con una libertad de acción que no era tan asequible en el interior de España. Stanley G. Payne fue uno de los pioneros con su estudio sobre la Falange²⁵, que fue pronto traducido por la editorial Ruedo Ibérico, una empresa dirigida por exiliados en París, que trataba de editar los libros que eran difícilmente publicables en España²⁶. En la misma línea de trabajos académicos estuvo el de Frank Sedwick sobre Manuel Azaña²⁷ y, sobre todo, la obra de Gabriel Jackson sobre la República y la Guerra Civil²⁸, que le convirtió en un nombre de referencia para el estudio del periodo. El trabajo de Malefakis sobre la reforma agraria²⁹ es ya de una época relativamente tardía, pero podría cerrar el ciclo de las grandes aportaciones de los hispanistas que contribuyeron decisivamente al avance de nuestro conocimiento de la Segunda República durante la década de los sesenta. Desde el mundo francés, es destacable la figura de Jean

²⁴ *Introducción a la Historia de España*, Barcelona, Teide, 1963. En la segunda edición, de 1965, Carlos Seco añadiría una cuarta parte en la que se incluía la Segunda República, la Guerra Civil y la España de Franco, que ya había sintetizado en 1961, en el tomo sexto de la *Historia de España: gran historia general de los pueblos hispanos*, Barcelona, Instituto Gallach de Librería, 1932-1961, dirigida por Luis PERICOT.

²⁵ *Falange: a History of Spanish Fascism*, Stanford University Press, 1961. La versión española es de 1965.

²⁶ Allí se habían publicado, a partir de 1962, *La Guerra Civil española*, de Hugh THOMAS, y *El laberinto español*, de BRENNAN.

²⁷ *The Tragedy of Manuel Azaña and the Fate of the Second Republic*, Columbus (Ohio), The Ohio State University Press, 1963.

²⁸ *The Spanish Republic and the Civil War*, Princeton University Press, 1965. Hubo una versión española editada en México, antes de que lo hiciera Crítica después de muerto Franco.

²⁹ MALEFAKIS, E. E.: *Agrarian reform and peasant revolution in Spain; origins of the Civil War*, New Haven, Yale University Press, 1970. Versión española (Barcelona, Ariel) de 1971.

Bécarud que ofreció en 1962 un trabajo pionero sobre sociología electoral del periodo republicano³⁰ que sigue siendo la única visión de conjunto sobre los procesos electorales que se produjeron durante aquellos años. En los años siguientes derivaría hacia los estudios culturales.

Nuevas voces de protagonistas

Por lo demás, 1966 habría de convertirse en un *annus mirabilis* de la historiografía de la Segunda República española, pues, además de la aparición del libro de Carr, resultaría clave en la recuperación de testimonios decisivos para la comprensión de la historia de aquel periodo. Se conocía ya el testimonio de Miguel Maura, ministro de la Gobernación en el primer gabinete republicano, pero la edición de México³¹ apenas fue leída en España antes de que se hiciera una nueva edición en Barcelona³², aunque mutilada, en ese año 1966.

Pero la gran aportación historiográfica de aquel año fue el comienzo de la publicación de las *Obras completas* de Manuel Azaña³³, que significaría la recuperación triunfal de quien había presidido los gobiernos reformistas del primer bienio y había ejercido la presidencia de la República durante los momentos trágicos de la Guerra Civil. Esta edición mexicana sí se conoció bien en España —aunque su venta fuese clandestina— y transformó completamente la imagen historiográfica del régimen republicano. La edición de los diarios que no habían sido robados, especialmente, dio una visión de la vida política desde dentro que resultaba deslumbrante y, en cierto modo, hizo que cuantos hicimos historia de la Segunda República durante aquellos años nos convirtiéramos en «azañistas» más o menos conscientes. Frente al testimonio de Azaña, no se sostenía el retorcido testimonio de Lerroux y no había voz que se levantara en defensa de la gestión de Alcalá-Zamora, que sufría el doble embate de las insidias de Lerroux y del desprecio irónico de Azaña.

³⁰ BÉCARUD, J.: *La deuxième République espagnole 1931-1936. Essai d'interprétation*, París, Fondation Nationale des Sciences Politiques, Centre d'Étude des Relations Internationales, 1962. Versión española de 1967, en Taurus.

³¹ *Así cayó Alfonso XIII*, México, Imp. Mániz, 1962.

³² Barcelona, Ariel, 1966. La primera edición íntegra se retrasaría hasta 1995.

³³ México, Ediciones Oasis, 1966 (vols. 1 y 2), 1967 (3) y 1968 (4).

Los testimonios personales de Prieto³⁴, que había venido desgranando desde mediados de los años cincuenta, no tenían el *punch* ni la credibilidad de los de Azaña, de la misma manera que tampoco gozaron de una excesiva credibilidad las memorias de Gil Robles³⁵, aunque proporcionaron una información imprescindible para una historia que, hasta entonces, sólo había sido desde la perspectiva de los gobiernos reformistas de centro izquierda. Esa misma función equilibradora es la que desempeñarían las memorias de Joaquín Chapaprieta³⁶ a las que, deliberadamente, se les puso un título que contradecía el testimonio de Gil Robles. La década de los sesenta se cerraba, por tanto, con un avance muy notable en cuanto a la calidad de los testimonios sobre la vida política del periodo republicano aunque aún quedara por oírse la voz de algunos protagonistas destacados de aquellos años, especialmente la de Alcalá-Zamora, que tuvo que sufrir una historiografía casi unánimemente adversa —fruto de los ataques combinados de Lerroux, Gil Robles y Azaña— durante unos años que resultaron decisivos en el avance de la investigación.

Una nueva generación de contemporaneístas

Porque aquellos primeros años de la década de los setenta fueron los de la incorporación de un gran número de investigadores, la mayoría de ellos en puestos docentes universitarios que eran el resultado de la afluencia masiva de estudiantes a las universidades, que originó la creación de muchos puestos docentes, aunque precarios³⁷, y la creación de nuevos centros. Existía también la conciencia clara de que el régimen franquista estaba llegando a sus momentos finales y, para los jóvenes que se acercaban a la investigación histórica, resultaba muy atractiva la recuperación de la cultura política que se había interrumpido con el trauma de la Guerra Civil. De ahí que prolifera-

³⁴ Sobre todo *Convulsiones de España. Pequeños detalles de grandes sucesos*, México, Ediciones Oasis, 1967 (vol. 1), 1968 (2) y 1969 (3).

³⁵ *No fue posible la paz*, Barcelona, Ariel, 1968. Sobre la credibilidad de estas memorias consúltese SECO SERRANO, C.: «La construcción de la historia objetiva: las fuentes, ayer y hoy», en *Cultura y civilizaciones. III Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1998, pp. 197-211.

³⁶ *La paz fue posible*, Barcelona, Ariel, 1971.

³⁷ Profesores No Numerarios, PNN, «penenes».

ran los estudios sobre el sistema político republicano, así como sobre los partidos políticos, las prácticas electorales y las organizaciones obreras, que gozaban de un *plus* de popularidad derivado de la fuerte carga ideológica marxista que tuvieron muchos de los estudios que entonces se realizaron.

Una aproximación básica fue la de la sociología electoral, que contaba con la garantía académica que brindaba el desarrollo de la disciplina en Francia, desde los pioneros estudios de André Sigfried, a los trabajos que, después de la Segunda Guerra Mundial, habían ofrecido François Goguel, Georges Dupeux o Pierre Barral. Las técnicas francesas, que animaron el trabajo ya citado de Bécarud, fueron adaptadas a la España de la Restauración por Miguel Martínez Cuadrado, y Javier Tusell las llevó al periodo republicano con su análisis sobre Madrid³⁸. Ambos abrieron la puerta a los numerosos estudios locales que se sucederían en los años siguientes. Era la consecuencia inevitable de la accesibilidad de unos trabajos que podían realizarse en ámbitos locales, con el apoyo casi único de las fuentes hemerográficas provinciales —hasta entonces poco utilizadas— que hacían muchas veces innecesaria la consulta de una documentación electoral que, en muchos casos, tampoco existía. Del estudio de las elecciones en el ámbito local, Tusell pasaría a impulsar equipos de investigación —en los que se integró el autor de estas líneas— que estudiaron dos³⁹ de las tres elecciones generales de diputados que se celebraron en el periodo republicano.

También fue el momento de estudio de los partidos políticos que habían existido antes de la Guerra Civil, con la clara intención de volver a conectar con la cultura política que los animaba. Como en pocas otras ocasiones, la investigación histórica que se hizo durante aquellos años respondió al dicho crociano de que toda historia es historia contemporánea y se asistió a un aluvión de estudios que buscaban la recuperación de la memoria de opciones políticas que no habían desaparecido y que, presumiblemente, recuperarían su protagonismo en cuanto cambiasen las circunstancias políticas del país.

³⁸ *La Segunda República en Madrid: elecciones y partidos políticos*, Madrid, Tecnos, 1970.

³⁹ *Las elecciones del Frente Popular*, Madrid, Edicusa, 1971, y *Las Constituyentes de 1931: unas elecciones de transición*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1982. Nunca existió el proyecto de estudiar las elecciones de 1933, tan interesantes por tantos motivos, ni de integrar las tres elecciones en un estudio global.

El Partido Socialista Obrero Español fue, desde luego, el más favorecido por estas nuevas investigaciones. A los estudios que ya se habían realizado fuera de España⁴⁰ se vinieron a sumar trabajos que, como los de Lamo de Espinosa⁴¹, Zapatero⁴² y Bizcarrondo⁴³, significaban la recuperación de figuras destacadas del movimiento socialista. Isidre Molas recuperó también la trayectoria del nacionalismo catalán, a través del estudio de la Lliga catalana⁴⁴, y describió el mapa del sistema político catalán durante los años republicanos⁴⁵.

Los coloquios de Pau

En paralelo con la renovación historiográfica que empezaba a desarrollarse en la universidad española, a partir de 1970 se realizaron unos coloquios anuales animados por Manuel Tuñón de Lara que dirigía el Centre de Recherches Hispaniques de la Universidad de Pau. Tuñón era un historiador que unía su orientación rigurosamente marxista con una gran humanidad, llena de cordialidad, que aseguró la continuidad y el éxito historiográfico de aquellas reuniones. Hasta entonces había publicado una visión general del siglo XIX español (1961, 1968), así como otra sobre el siglo XX (1966). Estaba muy interesado en la historia cultural (Machado, 1960, 1967) y sus análisis sobre cultura y poder político⁴⁶ fueron aportaciones de primera calidad para entender el ambiente intelectual en el que se gestó el régimen republicano.

⁴⁰ SABORIT, A.: *Figuras del socialismo español: Julián Besteiro*, México, Impresiones Modernas, 1961, o LÓPEZ SEVILLA, E.: *El Partido Socialista Obrero Español en las Constituyentes de la Segunda República*, México, Ediciones Pablo Iglesias, 1969.

⁴¹ LAMO DE ESPINOSA, E.: *Filosofía y política en Julián Besteiro*, Madrid, Edicusa, 1973.

⁴² ZAPATERO, V.: *Fernando de los Ríos, los problemas del socialismo democrático*, Madrid, Edicusa, 1974.

⁴³ BIZCARRONDO, M.: *Araquistain y la crisis socialista de la II República: Leviatán (1934-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1975.

⁴⁴ *Lliga Catalana: un estudi d'estasiologia*, Barcelona, Edicions 62, 1972.

⁴⁵ *El sistema de partidos políticos en Cataluña (1931-1936)*, Barcelona, Península, 1974.

⁴⁶ *Historia y realidad del poder, 1900-1934. El poder y las élites en el primer tercio de la España del siglo XX*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1967, y *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, Madrid, Tecnos, 1970.

El primer coloquio tendría lugar en 1970⁴⁷, pero el primero que vio publicadas sus aportaciones fue el tercer coloquio⁴⁸, de 1972, que se abordó con una temática muy general, como ocurriría en alguno de los siguientes. Aunque el periodo específico de la Segunda República no fue objeto de atención exclusiva hasta las reuniones de muchos años después, que se plantearon en un contexto historiográfico y político muy diferente, resulta indudable que estos coloquios tuñonianos de los años setenta actuaron también como un elemento dinamizador de la historiografía del periodo republicano. Con ocasión del décimo coloquio se haría un balance historiográfico muy significativo de lo que había avanzado la historiografía en la década anterior en las distintas regiones españolas⁴⁹.

A la altura de 1975 la Segunda República española aparecía como «el paraíso perdido» en el naufragio de la Guerra Civil. De ahí que existiera un fuerte interés en buscar los elementos de continuidad que permitieran abrigar la esperanza de recuperar aquel escenario de libertad. Juan José Linz se significó en la búsqueda de elementos de continuidad seculares en la vida política española⁵⁰ y, de forma casi inadvertida, se tendió a pensar que, cuando se recuperaran en España las instituciones democráticas, el comportamiento electoral de los españoles sería similar al que habían tenido antes de 1936. De la misma manera, existía el convencimiento de que un futuro sistema democrático de partidos volvería a contar con varios de los partidos existentes con anterioridad, ya que algunos (el PSOE, el PCE o los nacionalistas del PNV) habían mantenido sus organizaciones en la clandestinidad o en el exilio. La Segunda República, en definitiva, era el referente más inmediato de la vida democrática en España y resultaba inevitable que se beneficiara de una «fascinación historio-

⁴⁷ Dedicado al estudio de la «Metodología y fuentes sobre el estudio de los siglos XIX y XX», en GRANJA, J. L. de la, y REIG TAPIA, A. (eds.): *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia. Su vida y su obra*, Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 1993, p. 463, en donde se incluye el mejor análisis de la obra de Tuñón.

⁴⁸ *Sociedad, política y cultura en la España de los siglos XIX y XX*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1973.

⁴⁹ TUÑÓN DE LARA, M., y GARCÍA-NIETO, C. (eds.), *Historiografía española contemporánea. X Coloquio del Centro de Investigaciones Hispánicas de la Universidad de Pau. Balance y resumen*, Madrid, Siglo XXI, 1980.

⁵⁰ LINZ, J. J.: *Spanish Cabinet and Parliamentary Elites: from the Restoration (1874) to Franco (1970)*, Paper prepared for a meeting at Bellagio, August 1970.

gráfica» que facilitó la proliferación de estudios sobre el periodo republicano.

Por otra parte, la fascinación se extendía a los éxitos del programa de reformas republicanas que se conocía a través del testimonio solitario de Azaña que apenas encontraba réplica en otras fuentes (Gil Robles, Chapaprieta), con escaso protagonismo en aquellos años iniciales del régimen. Casi inadvertidamente, se hizo una historia «azañista» del periodo en la que las grandes propuestas reformistas contaron con el aplauso unánime de quienes las veían —las veíamos— como medidas impescindibles para el afianzamiento de un futuro régimen democrático. Las reformas militares tuvieron, en ese sentido, un especial atractivo pues parecían sugerir formas eficaces de romper el excesivo protagonismo que el ejército había desempeñado en el sostenimiento del régimen de Franco⁵¹.

También fueron muy unánimemente alabadas las medidas relacionadas con la educación (Samaniego, Molero Pintado, Pérez Galán) y, sobre todo, las que tuvieron que ver con la difusión cultural en la estela de los principios institucionistas, como serían las Misiones Pedagógicas o el teatro universitario de La Barraca. La bibliografía, en este campo, resulta literalmente abrumadora y suele tener un grado de complacencia que aumenta en la medida que va desapareciendo la posibilidad de hacer aportaciones historiográficas relevantes. La voluntad de algunos gobernantes, de los más diversos signos, para entroncar con esas tradiciones intelectuales ha permitido la proliferación de manifestaciones culturales que rozan abiertamente la hagiografía.

El tema de la organización nacional, y la apuesta por un Estado integral abierto a soluciones autonómicas, tendría un fuerte impacto en los compases iniciales del régimen republicano, pero, significativamente, no fue de los temas que atrajo inicialmente la atención de los historiadores hasta que, durante la discusión del texto constitucional de 1978, empezó a cobrar una nueva actualidad la cuestión de las autonomías (Gerpe Landín y Roig i Rossich, para Cataluña; Fusi, para el País Vasco). Tampoco resultó problemático el asunto de la reforma agraria, que había perdido toda su urgencia a la altura de 1975, aparte de contar con un estudio tan concluyente y exhaustivo como era el de Malefakis, de 1970.

⁵¹ Cfr. PAYNE, S. G.: *Politics and the Military in modern Spain*, Stanford University Press, 1967. También los estudios de M. Alpert, G. Cardona y R. Salas Larrazábal.

Estaba, en fin, la cuestión de las relaciones del nuevo régimen con la Iglesia, que provocaría la primera crisis política del régimen republicano y establecería una frontera que dificultó la incorporación de muchos españoles a la vida política dentro del sistema. La cuestión sería estudiada con gran amplitud de miras —no se pierda de vista que la Iglesia española de los años setenta vivía en plena asimilación de los contenidos del Concilio Vaticano II, con sus constantes llamadas al diálogo— y, en ese terreno, resultó ejemplar la tarea realizada por Miquel Batllori y Victor Manuel Arbeloa con la edición del archivo del cardenal Vidal i Barraquer a partir de 1971.

Junto a estos capítulos brillantes de los logros republicanos, algunos otros aspectos, como el de la escasa capacidad del texto constitucional para generar una fuerte adhesión social, la persistencia de actitudes violentas o las limitaciones de las libertades individuales, parecían menos relevantes para un periodo al que se le adjudicaban las máximas credenciales democráticas y que se tomaba como modelo ante el cambio de régimen político que se perfilaba en el horizonte.

La República contaba para entonces con síntesis de conjunto equilibradas, como eran las que proporcionaron Carlos Seco o Raymond Carr⁵², pero seguían escaseando los testimonios personales y no eran muchos los archivos —oficiales o privados— a los que podían tener acceso los historiadores.

Y en éstas se muere Franco...

La desaparición del régimen franquista y los pasos de reforma política que permitieron unas elecciones democráticas al año y medio de muerto el dictador cambió el clima de la aproximación historiográfica. Perdió su componente de aventura en un terreno políticamente comprometido⁵³, sin que ello disminuyera en lo más mínimo el

⁵² CARR, R. (ed.): *The Republic and the Civil War in Spain*, Londres-Nueva York, Macmillan-St. Martin's Press, 1971. Se editó en español en 1973.

⁵³ Javier Tusell, en el prólogo a la recopilación bibliográfica de Gloria Núñez, ha dramatizado en exceso los peligros que comportaba investigar sobre el periodo republicano. Hubo historiadores políticos que no tuvimos ninguna dificultad para hacerlo. Se podrían citar los nombres de Antonio Elorza, Marta Bizcarrondo, Isidre Molas, Emilio Lamo de Espinosa, Virgilio Zapatero, Manuel Ramírez Jiménez, quien suscribe estas líneas y muchos otros.

interés por el periodo. Se renovó entonces el interés por los partidos políticos⁵⁴ y proliferaron los estudios locales sobre la vida política y las elecciones, investigaciones espacialmente asequibles en una época en las que muchas capitales de provincia española empezaron a contar con centros universitarios de uno u otro signo.

Fue también el momento en el que desaparecieron los inconvenientes que habían dificultado, hasta ese momento, la aparición de archivos y de nuevos testimonios personales impresos. Uno muy importante, aunque no se tratase de un protagonista de primera fila, fue el de Juan-Simeón Vidarte, un socialista que ocupó puestos clave en la ejecutiva del partido y en su minoría parlamentaria⁵⁵. Sus memorias permitían una imagen, desde el interior del Partido Socialista, con la que no se había podido contar hasta entonces.

También fue de extraordinaria importancia la aparición de las memorias de Niceto Alcalá-Zamora⁵⁶, que no se habían publicado antes de la muerte de Franco por expreso deseo del autor, que las había terminado a mediados de 1940 en el exilio francés, aunque las invectivas de Lerroix le obligaran a redactar un largo apéndice que no estuvo terminado hasta julio de 1946, ya en tierras argentinas. Los nueve años que separan este testimonio del de Azaña significaron un retraso que influyó mucho en la imagen consolidada de la Segunda República a finales de la década de los sesenta. Había faltado la voz de Alcalá-Zamora y, aunque las explicaciones que proporcionó para algunos asuntos clave no resultaron siempre convincentes —aparte de estar expuestas con su conocido estilo literario, que era rebuscado y escasamente atractivo—, el testimonio resultaba honesto y sugerente, como fruto de un jurista de una extraordinaria preparación y con un alto sentido de las responsabilidades de Estado.

⁵⁴ Fue entonces cuando Santos JULIÁ (*La izquierda del PSOE (1935-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1977) y José Ramón MONTERO (*La CEDA. El catolicismo social y político en la II República*, Madrid, Ediciones de la Revista de Trabajo, 1977) ofrecieron casi simultáneamente sus estudios sobre los dos grandes partidos hegemónicos del periodo republicano.

⁵⁵ VIDARTE, J.-S.: *Las Cortes Constituyentes de 1931-1933. Testimonio del Primer Secretario del Congreso de Diputados*, Barcelona, Grijalbo, 1976, e íd.: *El bienio negro y la insurrección de Asturias. Testimonio del entonces Vicesecretario y Secretario del PSOE*, Barcelona, Grijalbo, 1978. Forman parte de una serie que se había empezado a publicar en México en 1973.

⁵⁶ ALCALÁ-ZAMORA, N.: *Memorias (Segundo texto de mis memorias)*, Barcelona, Planeta, 1977.

El testimonio omnipresente de Azaña tenía, por fin, un moderado contrapunto que permitía apreciar mejor los inconvenientes de un régimen excesivamente condicionado por un radicalismo político que se expresaba en una vida parlamentaria poco disciplinada y casi nada sensible a la necesidad de conseguir un amplio respaldo social. De ahí las tensiones con quienes decidieron ponerse al margen del sistema (anarquistas y, más adelante, algún sector del partido socialista, así como los monárquicos y algunos católicos) o los que no encontraron facilidades para integrarse en él (conservadores moderados y algunos sectores católicos). Fue Alcalá-Zamora quien estableció una reserva sobre el sentido democrático de Azaña cuando desveló que, derrotado en las elecciones de noviembre de 1933, acudió al presidente de la República, y al presidente del Gobierno, para pedir que se suspendiera la reunión de las nuevas Cortes, que se constituyera otro ministerio, en el que estuvieran representadas todas las fuerzas de izquierda, y se hiciera una nueva consulta electoral. La petición está contenida en las memorias de Martínez Barrio⁵⁷ que son, quizás, el último de los grandes testimonios políticos sobre el periodo⁵⁸.

Santos Juliá ha justificado esta actitud por «la amenaza que para las instituciones republicanas suponía la presencia de fuerzas de la derecha en las Cortes»⁵⁹, pero la apelación a la defensa de la República, de clara estirpe jacobina, se compadece mal con la imagen de un régimen democrático que se pretende hacer pasar como modelo. Un sistema democrático normal es aquel en el que se aceptan los resultados y se confía en las instituciones para conjurar las posibles amenazas contra el orden constitucional. El que Azaña no estuviera solo en la demanda, sólo agrava las reticencias que cabe albergar sobre el recto sentido democrático de aquella clase dirigente que tal vez estaba tratando de imponer un proyecto político de otro tipo.

El asunto tenía notable interés porque, a finales de los setenta, empezaban a declinar las interpretaciones marxistas, o forzosamente obreristas, y se abría paso una interpretación más abiertamente política que desplazaba su mayor énfasis hacia el programa de reformas

⁵⁷ MARTÍNEZ BARRIO, D.: *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1983, p. 211.

⁵⁸ En 1988 se publicarían las de Manuel PORTELA VALLADARES (*Memorias. Dentro del drama español*, Madrid, Alianza Editorial) pero la significación de este personaje es sensiblemente inferior a la de los otros dos antes citados.

⁵⁹ JULIÁ, S.: *Manuel Azaña. Una biografía política. Del Ateneo al Palacio Nacional*, Madrid, Alianza Editorial, 1990, p. 311.

del régimen republicano. Un programa de reformas que, como no podía ser de otra manera, basculaba sobre la actuación de Azaña, en un duro enfrentamiento con las fuerzas conservadoras empeñadas en la desestabilización del régimen⁶⁰.

¿Celebremos o recordamos?

Conmemoramos, que es un verbo que parece quedar a medio camino. La cuestión se planteó cuando se acercaba la fecha de 1981, que era la del cincuentenario de la implantación de la Segunda República, pero que se producía en un contexto político en el que podrían resultar problemáticos unos fervores excesivos cuando aún no estaba completamente asentada la monarquía constitucional que se había dado el país a partir de 1978. La ocasión del cincuentenario, en cualquier caso, se resolvió sólo con algunas publicaciones colectivas⁶¹ y con algún nuevo balance general del periodo⁶².

Los cambios historiográficos, en todo caso, vinieron condicionados por la nueva situación política española y, en ese sentido, la modificación más sensible fue la del establecimiento del Estado de las Autonomías, que dio una renovada intensidad al estudio de los nacionalismos, y facilitó una verdadera explosión de los estudios locales. Coincidió en esa eclosión la proliferación de entidades públicas dis-

⁶⁰ Fue el momento en que Paul Preston sacó a la luz su tesis sobre la amenaza de tipo fascista que supuso la CEDA tras su triunfo electoral de 1933 (*The coming of the Spanish Civil War: reform, reaction, and revolution in the Second Republic, 1931-1936*, Londres-Nueva York, MacMillan-Barnes & Noble Books, 1978. Versión española de Turner, de ese mismo año). La tesis, que produjo fuerte impresión en aquellos momentos, ha tenido una aceptación muy limitada. Shlomo Ben-Ami (JULIÁ, S.: «Historiografía de la Segunda República», *op. cit.*, p. 147) lo consideraba como la respuesta a las acusaciones que Richard A. ROBINSON (*The Origins of Franco's Spain. The Right, the Republic and Revolution, 1931-1936*, Newton Abbot, David & Charles, 1970) había dirigido contra los partidos de izquierda, dentro de lo que podría llamarse la polémica sobre la responsabilidad de la Guerra Civil.

⁶¹ La *Revista de Occidente*, 7-8 (septiembre de 1981), publicó un *dossier* («50 Aniversario de la Segunda República española») en el que colaboraron algunos de los más destacados investigadores del momento. También hubo *dossiers* del mismo estilo en las revistas *Arbor*, *Revista de Estudios Políticos* y *Studia historica*.

⁶² Fue entonces cuando se publicó el tomo IX [*La crisis del Estado: dictadura, república, guerra (1923-1939)*] de la *Historia de España* que dirigía Manuel TUÑÓN DE LARA en la editorial Labor.

puestas a financiar la publicación de esos estudios y la aparición de una legión de jóvenes investigadores en las universidades nuevas que se crearon por entonces⁶³. Fue una proliferación en la que, en cualquier caso, abundó el puro localismo despreocupado de establecer comparaciones significativas con otras sociedades.

Las iniciativas de más fuerte impacto fueron, quizás, las que procedieron de la reactivación, en Segovia, de unos coloquios que buscaron dar continuidad a los encuentros de Pau de la década de los setenta. Los coloquios de 1986 y 1987 se dedicaron expresamente a la Segunda República y, desde entonces, como ha señalado Santos Juliá, se ha apreciado un enriquecimiento de las perspectivas de manera que, sin que la historia política haya cedido su tradicional hegemonía, se ha enriquecido con la renovación que la disciplina experimentó desde finales de la década de los ochenta, rebasando el estrecho marco que proporcionaban los estudios de partido o los de elecciones y vida política reducidos a marcos provinciales —cuando no estrictamente locales— que resultan poco significativos.

Manuel Azaña, cuyo cincuentenario de su muerte se conmemoró en 1990 con varias reuniones académicas de buena calidad, tuvo que esperar hasta 1997 para que se le devolviera la voz completa⁶⁴ y sigue siendo la figura de referencia del estudio de la vida republicana, pero ha perdido la completa hegemonía de que disfrutó hasta casi finales de la década de los setenta. A las memorias de Alcalá-Zamora, Martínez Barrio o Portela Valladares, ya señaladas aquí, se sumaron actitudes reticentes como las de los estudios de José María Marco o las visiones críticas hacia el experimento republicano procedentes de la publicación de fuentes hemerográficas⁶⁵ que habían sido poco utilizadas anteriormente.

⁶³ JULIÁ, S.: «Historiografía de la Segunda República», *op. cit.*, p. 148, que cita las recopilaciones bibliográficas de Justo G. Beramendi.

⁶⁴ AZAÑA, M.: *Diarios, 1932-1933. «Los cuadernos robados»*, introducción de S. JULIÁ, Barcelona, Crítica, 1997.

⁶⁵ PERICAY, X. (ed. y pról.): *Cuatro historias de la República*, Barcelona, Destino, 2003, en donde se publicaban textos de Julio Camba, Agustí Calvet, «Gaziel», Josep Plá y Manuel Chaves Nogales.

Los planteamientos revisionistas

No resultó extraño, por tanto, que en los últimos años se haya asistido a un replanteamiento de la historiografía republicana que no se ha derivado por el descubrimiento de nuevos documentos, ni de nuevos testimonios, sino por el replanteamiento de la fisonomía de aquel régimen político. La figura más conocida de este grupo de historiadores es sin duda la de Pío Moa, quien, a partir de 1999, publicó una serie de títulos⁶⁶ en los que se cuestionaba el proyecto republicano. Los libros tuvieron un extraordinario éxito de ventas a la vez que eran acogidos con el silencio displicente del mundo académico⁶⁷, lo que no ha impedido que las cuestiones planteadas por esos libros sigan hoy pendientes de resolución.

En realidad, el frente revisionista debería considerarse mucho más amplio y en él debería incluirse la obra de Nigel Townson con su insistencia en un fracasado proyecto político de centro que no pudo desplegarse durante el segundo bienio republicano⁶⁸. Sea cual sea la consistencia de ese supuesto proyecto centrista, el libro ha tenido el mérito de equilibrar una imagen historiográfica en la que no parecía haber otro proyecto consistente que el abordado por la coalición republicano-socialista durante el bienio inicial de la República. Las elecciones de 1933 han dejado de ser vistas como una especie de accidente en la trayectoria republicana y el bienio siguiente —al que se despachó muchas veces con el simple calificativo de «negro» o «rectificador»— ha recuperado consistencia como objeto de atención de la historiografía más reciente.

Una imagen de la República que se limite a una mirada complaciente hacia el proyecto azañista terminaría por distorsionar la imagen de un experimento democrático que fue, por lo menos, accidenta-

⁶⁶ *Los orígenes de la Guerra Civil española*, Madrid, Encuentro, 1999; *Los personajes de la República vistos por ellos mismos*, Madrid, Encuentro, 2000, y *El derrumbe de la Segunda República y la Guerra civil*, Madrid, Encuentro, 2001.

⁶⁷ Sólo hubo una corta polémica que se sustanció en las páginas de la *Revista de Libros*, núms. 61, 65 y 66 (2002), Madrid, y se trasladó después a la revista digital *El Catoblepas*. Una inteligente valoración de esta polémica y de las posiciones de Moa en ARRANZ, L.: «Democracia y Segunda República, según Pío Moa», *Nueva Revista de política, cultura y arte*, Madrid, 98 (2005), pp. 45-60.

⁶⁸ TOWNSON, N.: *La República que no pudo ser. La política de centro en España (1931-1936)*, Madrid, Taurus, 2002.

do⁶⁹, como expresaban los propios contemporáneos. José Castillejo, en una carta que escribió en abril de 1937 desde Londres a Josep Pi-joan, que llevaba muchos años en América, le exponía su intención de escribir algo que contribuyera a poner fin al conflicto que se había desencadenado en España después de una turbulenta experiencia democrática: «Sólo querría —escribía en esa ocasión— ayudar a una solución de paz que no hemos conocido desde las primeras semanas de la República».

Otros, como Gaziel, lamentarían posteriormente que la República no se hubiese centrado en torno a las opciones que representaron Azaña y Gil Robles⁷⁰, y que podrían haber hecho posible una República alejada de los extremismos que han denunciado recientemente Stanley Payne⁷¹ y Manuel Álvarez Tardío⁷². Este último, con un razonado análisis de las condiciones de los procesos constituyentes que llevaron a las Constituciones de 1931 y 1978, se ha situado en las antípodas de lo que constituye hoy el discurso oficial de identificación del régimen de 1931 con la situación actual de la democracia española, a la vez que ha subrayado el valor de la voluntad de consenso que se puso en juego para alcanzar el texto constitucional de 1978, que en estos momentos sufre tan duros embates.

⁶⁹ CABRERA, M.: «Del 14 de abril al golpe del general Sanjurjo», *Claves de razón práctica*, 161 (2006), p. 21. En esa misma línea ha insistido el autor de estas páginas en el capítulo dedicado al segundo bienio, dentro del volumen, coordinado por Santos JULIÁ, sobre *República y Guerra en España (1931-1939)*, Madrid, Espasa, 2006.

⁷⁰ CALVET, A. «Gaziel»: *Meditaciones en el desierto (1946-1953)*, Barcelona, Destino, 2005, p. 22.

⁷¹ *El colapso de la República. Los orígenes de la Guerra Civil (1933-1936)*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005.

⁷² *El camino a la democracia en España. 1931 y 1978*, Madrid, Gota a Gota, 2005.